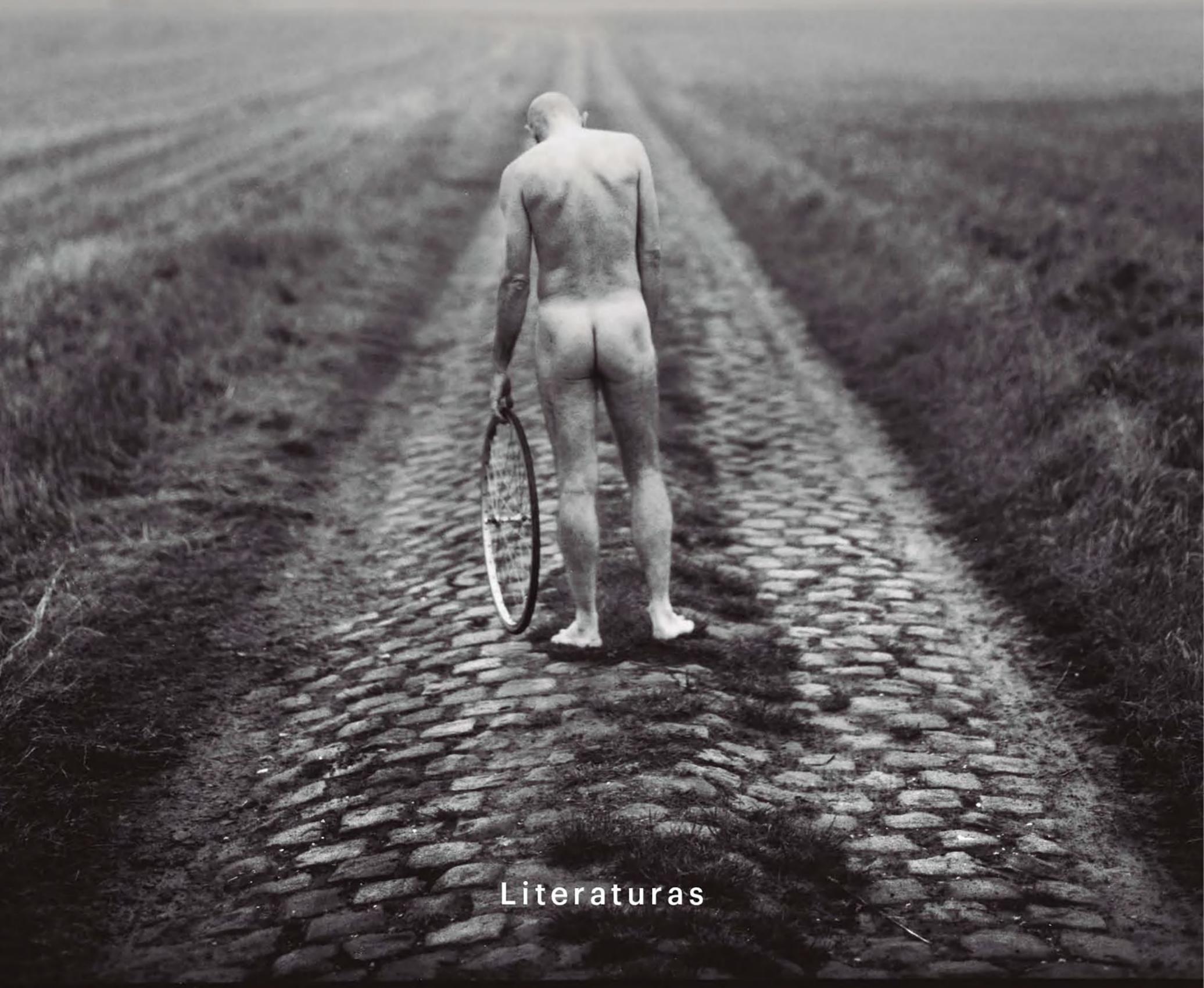


# NIEBLA EN EL MONT VENTOUX

y otras historias  
de ciclismo

**Wilfried  
de Jong**



Literaturas

NIEBLA EN  
EL MONT VENTOUX

NIEBLA EN  
EL MONT VENTOUX  
y otras historias de ciclismo

Wilfried de Jong

Traducción de  
Marta Arguilé Bernal



Esta traducción se ha publicado con la ayuda económica de

**N**ederlands  
letterenfonds  
dutch foundation  
for literature

Para obtener este libro en formato digital escriba su nombre y apellido con bolígrafo o rotulador en la primera página. Tome luego una foto de esa página y envíela a <ebooks@linceediciones.com>. A vuelta de correo recibirá el e-book gratis. Si tiene alguna duda escríbanos a la misma dirección.

© Wilfried de Jong, 2009  
© Traducción: Mara Arguilé Bernal  
© Los libros del lince, S. L.  
Gran Via de les Corts Catalanes, 657, entresuelo  
08010 Barcelona  
www.linceediciones.com

Título original: *De man en zijn fiets*  
ISBN: 978-84-15070-84-9  
Depósito legal: B-8447-2017  
Primera edición: junio de 2017

Impresión: Novoprint  
Maquetación: gama, sl  
Imagen de cubierta: © Wilfried de Jong

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet), y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo, salvo en las excepciones que determine la ley.

## Índice

1. Niebla en el Mont Ventoux . . . . .	9
2. Cicloporno . . . . .	33
3. Una vueltecita con Jan Janssen . . . . .	37
4. Los centímetros de Merckx . . . . .	51
5. Espíritu Santo . . . . .	55
6. El desván de Bartali . . . . .	59
7. Babbo Bartali . . . . .	67
8. Corbata siciliana . . . . .	71
9. Estúpido, estúpido, estúpido . . . . .	75
10. Pinchazo . . . . .	79
11. Bulgaria . . . . .	83
12. Mona Lisa . . . . .	87
13. Fausto ha muerto . . . . .	105
14. Cuarenta y ocho pulsaciones . . . . .	111
15. Montalto . . . . .	117
16. Plumas negras . . . . .	133
17. Stickers . . . . .	141
18. Calambre . . . . .	159
19. Solo . . . . .	177
20. Jim Shine Fine . . . . .	181
21. Curva . . . . .	201
22. Addio, Marco . . . . .	219
23. Desnudo con rueda . . . . .	225

## Niebla en el Mont Ventoux

Mocos. Tenía que librarme de los mocos. La mano derecha me sirvió de pañuelo. Me soné. Fuerte. Volvía a tener los orificios despejados, los ojos me escocían por culpa del aire fresco de septiembre. Me sacudí los mocos que se me habían pegado a los dedos y miré con el rabillo del ojo. El valle ya quedaba muy abajo. Había subido los primeros cinco kilómetros del Mont Ventoux. Llevaba unos quince minutos pedaleando.

Tomé un trago del bidón delantero. El sabor dulzón de la bebida isotónica se me quedó pegado en la garganta. A mi lado iba el coche de alquiler, en cuyo asiento trasero estaba Sonny, mi hijo. Tenía diez años. Había abierto la ventanilla y sacaba medio cuerpo fuera.

—Aquí sube al seis por ciento, papá, dentro de poco será el diez —me dijo con calma, como un presentador de noticias contándole al espectador los sucesos del día.

—Vale, gracias —respondí.

El bidón volvía a estar en el portabidones.

Ya me lo habían advertido unos amigos holandeses. Al final de los primeros seis kilómetros se llegaba a una pronunciada curva en herradura a la izquierda, y a partir de ahí empezaba de verdad el ascenso al Mont Ventoux.

Cien metros para la curva.

El Mont Ventoux es con diferencia la montaña más alta de la Provenza. Casi dos kilómetros. Aún no había visto la cima. Cuando salí del pueblecito de Bédoin estaba envuelta en una persistente nube.

Mis rodillas subían una y otra vez para volver a bajar de inmediato en dirección al asfalto. Entre mis piernas vi que la cadena giraba en el plato pequeño y detrás en el antepenúltimo piñón. Delante, 34 dientes; detrás, 23. Si el pedaleo me resultaba demasiado duro durante el ascenso, aún podía tomar la decisión de hacer dos cambios, al 26 o al 29.

Cincuenta metros más y tendría que cambiar justo antes de la curva en herradura.

Ese ascenso era un regalo que me había hecho a mí mismo. Era por mi cincuenta cumpleaños. Eso se merece una celebración como es debido. Sin pastel, sin reuniones familiares. Encima de una bicicleta. Acompañado por un par de amigos. Benny y Rob decidieron apuntarse. Dos hombres que verían cómo su amigo sudaba la gota gorda coronando el Mont Ventoux. Desde el coche. A Benny el plan le pareció perfecto mientras comiésemos bien el fin de semana. Conducía un flamante Renault que habíamos alquilado en el aeropuerto de Niza.

Rob iba sentado detrás con Sonny. El ciclismo no era lo suyo. Se contentaba con dar una vueltecita semanal por su barrio de Amsterdam.

Sonny era el invitado de honor a mi particular fiesta. Me iba filmando con su pequeña videocámara y, cuando volviéramos a casa, montaría una película en su ordenador para mi cumpleaños.

Benny ya estaba tomando la curva. Vi que la cabeza de Sonny, que aún asomaba por la ventanilla, desaparecía detrás de las rocas.

Rápido, un trago más. Saqué el bidón y lo apreté. El chorro salió disparado hacia mi boca. Demasiado fuerte. Parte del líquido goteó sobre el asfalto. ¿Y si en los últimos kilómetros de la subida necesitaba ese trago derramado?

El motor del coche iba a muchas revoluciones. La rampa era fuerte, sin duda.

Aunque tomé la curva por el exterior, noté cómo la tensión de mis muslos aumentaba en aquellos pocos metros. Mi ritmo de pedalada bajó considerablemente. Ante mí se extendía el famoso bosque donde tantos ciclistas aficionados se detenían desmoralizados después de los primeros kilómetros de subida. Me recordó a los bosquecillos que solía poner en mis trenes de juguete; junto a los raíles esparcía virutas sobre una franja que previamente había untado con pegamento. Encima ponía un puñado de pinos de plástico y la locomotora se colaba entre ellos.

El coche de apoyo redujo la velocidad y volvió a ponerse a mi altura. Sonny filmaba muy de cerca mis primeros metros por el bosque. Vi que en la mesita plegable mi hijo había pegado una fotocopia con la altimetría.

—Ese es el bosque, ¿verdad, papá?

Asentí jadeando.

—Dentro de poco sube un diez por ciento —dijo sin dejar de filmarme.

Subí un piñón. Fue un respiro para mis piernas. La cadena pasó de los 23 dientes a los 26. Estaba en el sexto kilómetro del ascenso al Mont Ventoux. Me quedaban otros quince kilómetros por delante. El piñón de 29 dientes seguía intacto. Me lo reservaba.

En la década de 1970 corría Lucien Van Impe, un ciclista belga de mucho talento. Tenía el físico perfecto para la escalada. En seis ocasiones encabezó la clasificación de la montaña

en el Tour de Francia. En cuanto la carretera empezaba a subir, Van Impe le sacaba ventaja al pelotón con un pedaleo fluido. Recuerdo que, al término de una etapa de montaña durísima, Van Impe saltó de la bicicleta. Estaba tan fresco como una lechuga. Mientras le ponían el micrófono en la boca, el mecánico de su equipo se hizo cargo de la bicicleta. Con el trapo colgándole del bolsillo trasero del pantalón, el mecánico comprobó que Van Impe no había llegado a utilizar el último piñón. Seguía limpio de grasa. «Lucien ha ido desahogado, su piñón 22 está completamente limpio», anunció el mecánico en tono triunfal ante las cámaras de televisión.

Yo tenía que conseguir que mi piñón 29 siguiera limpio tanto tiempo como me fuera posible. Se trataba de un sencillo juego mental. Si no pones el 29, llegarás arriba. Eres un tipo duro. No debía ni plantearme siquiera engranar el 29. Cuando lo hiciera, ya no me quedaría ningún recurso. Tendría que abandonar. Y no podía abandonar. No debía abandonar. No podría explicárselo a mis amigos y menos aún a mí mismo.

Logré controlar un poco mejor la respiración. Ante mí se extendía la empinada carretera que atravesaba el bosque con sus suaves curvas. No se veía un tramo llano por ninguna parte. Al contrario, más adelante solo empeoraba. Metros y metros con rampas del 10 por ciento.

—*Bonjour, ça va?*

Del susto mi rueda delantera se desplazó medio metro a la derecha.

Un hombre robusto de cara alegre me pasó casi rozando. Iba bastante más fuerte que yo.

—*Oui, oui* —contesté jadeando.

Por el cuello rasurado le corría un hilillo de sudor que desaparecía bajo el maillot de color amarillo claro. En la espalda leí la palabra CACAHUETTES. Debajo se veía la imagen de

una lata de cacahuets. Idiota. ¿A quién se le ocurre ponerse el maillot de un fabricante de cacahuets? Cacahuets. No había peor alimento para un corredor. Eran difíciles de masticar. Demasiado secos, demasiado grasientos, demasiado salados.

Cacahuets me sacaba veinte centímetros con cada pedacada. Ni caso, yo debía mantener mi propio ritmo. Él subía con un desarrollo más duro. Dejé que el hombre cacahuete se alejara.

Rampa del 10 por ciento. Eso era dos veces y media más que la cuesta del puente de Van Brienoord, que yo había subido con frecuencia a modo de entrenamiento.

Eran las diez de la noche. Sonny y yo estábamos acostados en una espaciosa cama de matrimonio en un hotel del pueblo de Mazan, a quince kilómetros del Mont Ventoux. Benny y Rob estaban cada uno en su habitación. Habíamos cenado en el restaurante de la planta baja. La cabeza de Sonny asomaba por encima de las sábanas. Había dejado la cámara de vídeo encima de la mesita de noche, al lado del reloj con cronómetro.

Me miró con ojos soñolientos.

—En realidad, papá, ¿por qué tienes que subir esa montaña?

—Porque es una de las montañas más difíciles.

—¿Por qué no eliges una más fácil?

—Solo quiero saber si puedo subir esta.

—¿Y si no puedes?

—Pues me fastidiaré, pero no sería grave.

—O sea, que tampoco es muy importante, ¿no?

—Bueno, me parecía bonito subir una montaña muy alta en bicicleta al cumplir los cincuenta.

—Creo que habría sido más fácil a los veinte.

—Sí, yo también lo creo...

Subir una montaña supone burlar la fuerza de la gravedad. No es casualidad que los constructores de carreteras tracen una ruta que zigzaguea todo lo posible a lo largo del valle y, solo cuando ya no hay más remedio, hacen reptar el asfalto por las laderas de la montaña, como si fuese hiedra.

Encima de la bicicleta, las rampas más duras pueden llegar a pagarse con calambres en las piernas. O, en el peor de los casos, el corazón empieza a dar señales de alarma. Entonces la muerte entra en escena. Eso fue lo que le sucedió al corredor británico Tommy Simpson poco antes de llegar a la cima del Mont Ventoux, durante una etapa del Tour en 1967. Cayó exhausto de la bicicleta. Simpson pidió al público que lo ayudase a montar en la bici. Siguió, pero haciendo eses sobre el asfalto bajo un calor abrasador. Luego se derrumbó. El médico del Tour llegó rápidamente e hizo cuanto pudo para mantenerlo con vida, le hizo el boca a boca. Todo fue en vano. Simpson murió en el helicóptero que lo trasladaba al hospital. En su cuerpo había rastros de alcohol y anfetaminas.

La muerte de Simpson fue una advertencia para todos los corredores que abusaban de sus fuerzas. Y, sin embargo, el miedo es mal consejero. Sin dolor, no subes el Mont Ventoux. Tienes que atreverte a atacar una montaña. No debes dejar que la naturaleza te humille.

Salvo por el ronquido del motor del Renault, el bosque permanecía en silencio. Ya no se oía a los pájaros entre los árboles. Cacahuettes me había sacado un buen trecho de ventaja. Se levantó del sillín y se puso de pie sobre los pedales.

Yo avanzaba a un ritmo tranquilo. Once kilómetros por hora. Debía sostener la presión sobre los pedales o tendría problemas para mantener el equilibrio.

¿El diente 29? Un cambio con la diestra y mi pedaleo sería

más fácil. No. No lo hagas. Inspira, pedalea, espira, pedalea, inspira, pedalea, espira, pedalea.

Cacahuettes seguía por delante, de pie sobre los pedales. Nadie puede aguantar mucho tiempo así en ese bosque. Un bosque frío donde tus músculos se van agotando implacablemente.

Una mosca aterrizó en mi brazo y se frotó las patas delanteras. Pasajera aprovechada. Le lancé un soplido. Me molestaba. El bicho ni siquiera notó la ráfaga de aire y se quedó donde estaba. Tenía que largarse de ahí. Soplé más fuerte y la vi alejarse volando hacia el bosque.

—¿Cuántos kilómetros marca tu contador, papá? —me gritó Sonny.

El coche de apoyo circulaba ahora a escasos metros por delante de mí. Pulsé una tecla del pequeño cuentakilómetros.

—¡Seis coma tres!

En el coche se hizo el silencio. Vi que Sonny miraba el papel con la descripción de la ruta y los porcentajes de desnivel.

Vi una lata abollada en el arcén. Reconocí los colores verde y azul de una marca de refrescos. Sprite. Demasiado dulce para el Mont Ventoux. Solo conseguiría aumentar la sed.

Sonny volvió a sacar la cabeza por la ventana.

—Casi has acabado el diez por ciento.

Fue como si Sonny hubiera conseguido él solito que la franja de asfalto se volviera más empinada. Me costaba más pedalear que un minuto antes.

—¿Cuánto queda?

Dos palabras. No conseguí decir más.

—¿Cómo? —me preguntó Sonny.

Resollé y busqué el modo de coger aire para alargar un poco más la pregunta.

—¿Cuánto tiempo al diez?

Su cabeza desapareció en el interior del vehículo.

Iba a nueve kilómetros por hora. ¿Era tan difícil? Solo tenía que ir pasando el dedo por la fila de números. Venga. ¿Cuánto más? ¿Cuánto tiempo al diez?

—Creo que dentro de un kilómetro vuelve a bajar al nueve por ciento, papá —lo oí gritar por fin.

El asfalto estaba compuesto por piedrecitas negras. La superficie parecía lisa, pero entre piedrecita y piedrecita había unos milímetros de separación. Bien mirado, avanzaba de piedra en piedra. Y entre una y otra pedaleaba sobre el vacío. Un poco más y tendría la impresión de rodar sobre adoquines.

Saqué el bidón delantero de un tirón y di un par de tragos. Líquido. Delicioso. Al tragar me salté un par de respiraciones. Adiós al ritmo. Me costaba mantener el control de la bicicleta.

Me apresuré a devolver el bidón a su sitio.

Mi cadencia seguía siendo irregular. No había nada que hacer, el camino subía sin cesar. ¿Veintinueve dientes? No, no.

Solo veía asfalto y árboles. Ni rastro de la cima. Cuando salí del centro de Bédoin vi a unos ciclistas que bajaban con los impermeables agitándose a sus espaldas. Volvían de la cima. Tenían la cara congestionada y manchas de saliva secas alrededor de la boca.

—*Froid?* —les pregunté señalando hacia arriba con el dedo.

—*Ça va, ça va!* —exclamaron haciendo un ademán con la mano que podía significar cualquier cosa.

Era septiembre. En la tienda de bicicletas de Bédoin, donde había hinchado las ruedas, había grandes fotos de un Mont Ventoux blanco. Un gendarme paraba a los ciclistas junto a una barrera que impedía el paso. El puerto de montaña estaba cerrado. *Fermé*. Eso podía ocurrir en los meses más inesperados. De vez en cuando, la naturaleza se trastocaba un poco.

—Ya verás como lo consigues, papi. —La cabeza de Sonny volvió a asomar por la ventana—. ¿Llevas tu imán de la suerte?

Me llevé la mano al bolsillo trasero y palpé el disco de acero junto a dos botellines de comida líquida. Levanté el pulgar.

Robert Gesink, el gran ciclista del Rabobank, subió esta montaña en 2008 por la vertiente menos empinada durante la París-Niza. Llevaba un ritmo de rodada impresionante. Después de que el grupo de cabeza pasara por el pueblo de Malaucène, todos los escaladores tuvieron que dejarlo ir. Solo el australiano Cadel Evans pudo mantenerse pegado a la rueda trasera de Gesink y acabó superando al holandés en el sprint final.

Durante el Tour de Francia de 2000, el corredor italiano Marco Pantani subió el Mont Ventoux en cabeza, sin nadie que siguiera su ritmo. Haciendo un titánico esfuerzo por darle caza, Lance Armstrong, que defendía el maillot amarillo, intentó alcanzarlo. Y acabaron subiendo codo con codo el último tramo hasta la meta. El ritmo que llevaban era mortal. Pantani avanzaba con aquel estilo suyo tan dinámico, pedaleando con soltura. A su lado, la obsesiva máquina ciclista estadounidense mantenía el ritmo con los ojos ligeramente bizqueantes y el rostro pálido.

Una vez arriba, Pantani fue el primero en cruzar la línea de meta con la rueda delantera. Más tarde, el estadounidense quiso que se le reconociera lo generoso que había sido. Él también habría podido ganar.

Gesink, Evans, Pantani, Armstrong.

Tenía que dejar de pensar en los profesionales. Yo mismo acababa de convertirme hoy en un cincuentón. Una pobre alma que necesitaba demostrar a toda costa que seguía siendo

lo bastante fuerte para acometer el ascenso. Que quería que su hijo viera que tenía un padre fuerte como una roca, no como otros padres que se apoltronaban delante del televisor con sus grandes barrigas.

—¿Vas bien? —me preguntó Sonny después de un largo rato de silencio—. Faltan otros seis kilómetros por el bosque.

Seis kilómetros. Recordé la ruta de entrenamiento que solía hacer por las afueras de Róterdam y me imaginé aquel llano convertido de pronto en una rampa con un 10 por ciento de desnivel.

—Sí. Duro.

—¿Qué pone en tu cuentakilómetros?

—Trece... coma... siete.

—Entonces... aquí hay un ocho coma siete por ciento.

No había cambios dignos de mención en el paisaje. Tenía la impresión de circular todo el rato por el mismo sitio. Estaba en un móvil perpetuo.\* Pedalear eternamente, nunca acabar.

—Diez por ciento —oí desde el coche.

De un soplido me quité una gota de sudor de la punta de la nariz. Tomé un trago del bidón. Quedaba solo un cuarto. Tuve que levantarme del sillín para mantener el ritmo. Cuando volví a sentarme, me pareció como si alguien me tirase hacia abajo del maillot.

¿Pasaba algo? Miré la rueda delantera; las pastillas de freno no rozaban la llanta. ¿Y detrás? No, detrás tampoco.

Dicen que quien se fuerza demasiado en el bosque del Mont Ventoux lo paga después. No debía sobrepasar mis fuerzas o no lo conseguiría.

\* El móvil perpetuo es una máquina hipotética que sería capaz de funcionar eternamente, después de un primer impulso, sin necesidad de energía externa adicional. Se basa en la idea de la conservación de la energía. (*N. del E.*)

¿Podría agarrarme disimuladamente al lateral del coche? Sería maravilloso. Saltarme una pedalada. Eso supondría mucha diferencia para las piernas y la cabeza.

Tomé la curva. ¿Sería menos empinado a partir de ahí? Levanté la mirada. Un poco más allá, a la derecha, había un hombre en el arcén al lado de su bicicleta de carreras. Llevaba un maillot amarillo. Cacahuettes. Había abandonado. El hombre de los cacahuettes no podía más. ¿Lo ves? Había empezado demasiado fuerte. Estaba apoyado sobre la bicicleta. En la espalda tenía una gran mancha de sudor a la altura de la lata de cacahuettes. Me encontraba cerca de él. En el asfalto había un charco de vómito del mismo color amarillo que su maillot. Buen anuncio para cacahuettes.

—*Bonjour!* —le grité tan alto como pude. Luego tuve que recuperarme del esfuerzo, pero lo hice encantado.

Cacahuettes levantó la vista sobresaltado. Los ojos hundidos de un desvalido. Otra vez aquel gel de cacahuete, ahora en forma de moco que le caía por la boca.

No dijo nada. No me volví a mirar.

Yo progresaba a buen ritmo. Un bosque magnífico. Un asfalto estupendo. Con 26 dientes iba de maravilla.

—Aquí hay un 9 por ciento, papá.

El coche de apoyo volvía a estar a mi lado.

¿Solo 9? Genial. Podía con cualquier cosa, todo menos ver la cara macilenta de Caca.

Debajo de mis ruedas apareció fugazmente el nombre de Landis pintado en grandes letras. Aquellas letras seguían siendo visibles en el asfalto tras mucho tiempo, incluso después de que el ciclista hubiera caído en el olvido. Hace unos años habrían animado aquí al corredor estadounidense Floyd Landis antes de que lo pillaran por dopaje. Un admirador había llevado un cubo de pintura hasta allí y antes de la etapa había pinta-

do las seis letras con una brocha gorda. Landis... seguro que dentro de poco volvía a haber un sitio para él en el indulgente pelotón.

Miré al cielo. Se había nublado. Traía conmigo unos manguitos por si en los últimos kilómetros hacía más frío y viento. Había salido del valle con el equipo de verano de Acqua e Sapone de color rojo bombero.

El bosque empezó a clarear, ya podía ver entre los árboles, aunque no había gran cosa que mirar. Ni ciervos ni marmotas que salieran corriendo. ¿Tendría que respirar más profundamente a partir de ahí para conseguir el suficiente oxígeno?

El coche llevaba ya una hora circulando a mi lado en primera. Benny iba al volante. A paso de tortuga, debía de estar aburriéndose como una ostra.

Me faltaba aproximadamente un kilómetro para llegar al Chalet Reynard, un aparcamiento a 1.440 metros de altitud donde había también un restaurante. Los escaladores del Mont Ventoux me habían comentado que a partir de ahí la pendiente era por primera vez menos fuerte. Te permitía recuperar el resuello antes de acometer los últimos seis kilómetros de ascenso por el desolado paisaje lunar.

Benny pasó de largo, aumentando un poco la velocidad. ¿Quería adelantarse?

Oí la estridencia seca de un derrapaje.

—*Fuckin' hell*—exclamó Benny.

El coche había patinado y el morro asomaba por el borde de la montaña. Había un profundo barranco.

Vi el peligro.

—Sonny, sal del coche. ¡Sonny, sal!

Sonny abrió la puerta trasera y saltó al asfalto. Rob salió detrás de él y los dos se quedaron en el arcén.

¿Dónde estaba Benny? ¿Seguía en el coche?

No. Él también había salido y estaba con Rob y Sonny. Seguí pedaleando lentamente.

—Tú sigue adelante, Wil, todo irá bien —oí que me gritaba Rob.

Los tres estaban a un lado de la carretera.

—¿Estáis bien? —les grité—. ¿Y Sonny?

—Sí, ya nos las arreglaremos, tú sigue.

—Vale. Os veo luego arriba —les grité por encima del hombro y seguí pedaleando.

Un coche con matrícula francesa bajaba de la montaña. Al volante iba un hombre mayor y a su lado una mujer. Les hice un gesto para indicarles que fuesen más despacio. El hombre redujo la velocidad.

Al tomar la siguiente curva, pude ver nuestro Renault. Si hubiera avanzado un metro más, se habría caído por el precipicio. En ese momento fui plenamente consciente de la situación.

Rob me había dicho que siguiera adelante, pero ¿sabía el peligro que corría el coche ahí? Un ligero desplazamiento de peso y se despeñaría.

Seguí pedaleando, pero aflojé el ritmo. Vi que el coche francés se había detenido en el lugar del accidente. El hombre y la mujer estaban gesticulando junto a Rob y Benny. No podía ver a Sonny.

El camino seguía subiendo, pero yo ya no lo notaba. Pedaleaba. Punto. En cuanto tenía oportunidad, escrutaba entre los árboles con la esperanza de ver a Sonny. El hombre francés estaba ahora de rodillas delante del Renault y miraba hacia abajo. Más gestos.

En mi pequeño contador ponía 14 kilómetros. Me faltaban 7 para alcanzar la cima. Si se despejasen las nubes, dentro de un kilómetro tal vez podría ver ya la blanca cumbre de la montaña

con el famoso observatorio de piedras blancas en el punto más elevado, apuntando arrogante hacia el cielo como un dedo co-razón.

La cima. No pasaría nada si daba media vuelta. A mi edad uno podía poner el pie en el suelo un momento para descansar. Pero jamás había dado media vuelta en un ascenso.

Me saltó un fusible en la cabeza. Un pequeño defecto cerebral. Olí el olor a chamuscado. ¿Por qué demonios seguía subiendo? ¿Cómo podía dejar a mi hijo de diez años en medio de una carretera tan peligrosa?

Mis pies dejaron de pedalear. Dudé un instante más, pero el manillar ya había virado hacia la izquierda. Mi rueda delantera giró.

El descenso transcurrió sin problemas. No tener que pedalear producía una sensación extraña. Al cabo de pocos segundos, mi velocidad fue en aumento, de 7 kilómetros pasé a 30 y luego a 50. Debía frenar para tomar bien la curva en herradura.

Me detuve con un chirrido al lado de nuestro Renault. Sonny seguía en el mismo sitio en el arcén, al lado del precipicio. Tenía la cámara bien sujeta y observaba la escena con tranquilidad.

Desenganché las zapatillas de los pedales y apoyé los pies en el suelo por primera vez. Dejé la bicicleta en la ladera de la montaña. Las piernas me temblaron cuando empecé a andar. Notaba los muslos pesados e hinchados.

Me acerqué a Sonny.

—¿Estás bien?

Él levantó el pulgar. Ni rastro de miedo.

—Al final has parado, ¿eh? —me dijo.

Tenía razón. Había parado.

Rob, Benny y la pareja francesa estaban en medio de la carretera. El coche de alquiler tenía una fea rozadura en la parte

inferior. La rueda delantera izquierda sobresalía por el borde del camino.

—¿Cómo pensáis sacarlo de ahí? —pregunté.

—Si unos cuantos tiramos del coche y alguien da marcha atrás, conseguiremos hacerlo retroceder y sacarlo de ahí —dijo Benny, visiblemente turbado.

Nadie hizo ademán de moverse. Todos estaban ilesos. Solo se trataba de salvar un insignificante coche de alquiler. Yo quería volver a montar en la bicicleta. Seguir adelante. Hacer como si no me hubiera detenido.

—Yo me subiré al coche —dije—. ¿Están las llaves puestas?

—Sí —contestó Benny.

Sonny estaba toqueteando otra vez los botones de su videocámara. Lo dejé hacer, ahí en el arcén estaba bien.

Me deslicé con cuidado en el asiento del copiloto del Renault. Era una sensación extraña tener que maniobrar desde ahí.

—Arranca, luego suelta el freno de mano y pon la marcha atrás —gritó Benny.

Puse en marcha el motor. Los tres hombres tiraron del coche con todas sus fuerzas.

—Ahora soltaré el freno de mano e inmediatamente daré marcha atrás, ¿vale?

—Vale —oí.

—Allá vamos —grité por encima del ruido del motor.

Di marcha atrás y un poco de gas. Con una violenta sacudida, logré meter sobre el asfalto la rueda suspendida. El Renault se fue enseguida para atrás.

—¡Frena, frena! —gritó Benny.

El coche se precipitaba cada vez más rápido por la carretera, dando bandazos de derecha a izquierda. Desde el asiento del copiloto solo podía maniobrar con una mano y no conseguía llegar al pedal del freno con el pie izquierdo.

Me temblaban las piernas. Oí los patinazos de los neumáticos.

Aquello no iba bien. El coche estaba descontrolado. No podía hacer nada salvo esperar.

—¡Frena!

Mi pie consiguió dar con el freno y pisé el pedal lo más fuerte que pude. El coche derrapó. Miré atrás. El último golpe de volante había hecho que el Renault se fuera contra el coche de la pareja francesa. Intenté girar hacia el otro lado. Demasiado tarde. Nos daríamos un buen golpe. Cerré los ojos y me encogí.

Unos metros más.

Nuestro coche chocó contra el de los franceses con un golpe seco y se detuvo.

Todos se acercaron corriendo.

Busqué a Sonny con la mirada. Seguía en el arcén con la videocámara en la mano. Puse el freno de mano y salí del vehículo.

—¿Estáis bien? —pregunté.

—¿Por qué no frenabas, papá?

—No podía controlarlo.

—Claro, aquí hay una pendiente del nueve coma siete por ciento.

Se veían bien las marcas de los neumáticos. Rayas negras que zigzagueaban por todo lo ancho de la carretera.

Los franceses, Rob y Benny estaban junto a los coches. Era increíble. La colisión había sido fuerte, y sin embargo no se veía ni un solo arañazo en la pintura. En ese momento me di cuenta de que el francés tenía el mismo modelo de coche. Los dos vehículos estaban el uno contra el otro con idénticas puertas traseras verticales.

—Deberíamos haberlo pensado un poco mejor —admitió Benny.

Sonny estaba a mi lado. Le pasé la mano enguantada por el pelo.

La mujer francesa miró molesta al otro lado. Quería irse de allí. Su marido volvió a estudiar la parte trasera de su coche.

—*Mon anniversaire, moi cinquante, Mont Ventoux avec mon fils et maintenant* bum —le expliqué a la mujer.

—*Ah, oui* —dijo ella, aparentando interés, mientras miraba a su marido, que inspeccionaba el coche de rodillas.

—Esto podía haber acabado muy mal —comentó Benny.

—Si el coche se hubiera caído por el precipicio habríamos tenido un problema —dijo Sonny, y luego sonrió.

Rob, Benny y yo nos miramos. El alivio que sentíamos era palpable.

—Bueno, pues yo sigo con el ascenso, ¿vale?

Sin esperar respuesta, puse la bicicleta sobre el asfalto. Me subí y enganché las zapatillas a los pedales.

Me alejé de allí. Iba más suelto que antes de detenerme. Como si me hubieran montado un par de piernas frescas. Un masajista había eliminado del todo el cansancio y el susto.

Necesitaba comer. En el bolsillo trasero del maillot tenía un botellín con comida líquida. Mientras lo buscaba con la mano izquierda, las puntas de los dedos tocaron un trocito de metal. El imán de la suerte con la imagen de san Cristóbal, patrón de los conductores. Antes del fin de semana, siguiendo el consejo de Sonny, lo había cogido del cenicero de mi viejo Mercedes.

—Trae suerte —me había dicho.

Le quité la tapa al botellín con los dientes y me bebí el contenido. Un gel amargo con sabor a cafeína. Volví a meterme el envase vacío en el bolsillo. Di un par de tragos del bidón delantero. Vacío.

Aquí la carretera era menos empinada. Incluso pude subir un par de piñones. El verde empezaba a escasear, faltaba poco para traspasar el límite forestal. Después de una curva suave, avisté a lo lejos el restaurante. Aquel debía de ser el Chalet Reynard. Parecía cerrado. Habían ensanchado la carretera para ofrecer un aparcamiento a los clientes del restaurante.

Al salir del bosque el viento corría a sus anchas. Me subí los manguitos hasta las axilas. Unos 100 metros más allá empezaba el paisaje lunar.

La carretera volvía a subir muchísimo. Faltaban seis kilómetros de subida.

Ante mí iban pasando los conocidos postes de señalización, negros y amarillos, situados en el lado del asfalto que daba al valle. ¿Era el motor del Renault lo que oía detrás de mí? Me volví a mirar. Benny estaba al volante, aún se apreciaba cierta inquietud en su mirada. Se puso a mi altura. Sonny bajó la ventanilla y sacó la cabeza. Tenía las mejillas coloradas.

—En el último kilómetro hay un 11 por ciento, papá —me dijo.

Jirones de niebla me salieron al encuentro. Jadeaba. Me puse de pie.

Me senté de nuevo. Me levanté otra vez. Luchaba contra el fuerte viento. Estaba empezando a llegar la niebla. Benny encendió las luces. A través de la ventana abierta de Sonny oí cómo le decía a Rob:

—Es muy peligroso. Casi no veo nada.

Cada vez estaba más oscuro. Absurdo. Eran las tres y media, y parecía como si estuviera pedaleando en noche cerrada. Tenía una visibilidad de apenas 20 metros.

El coche se quedó atrás.

—Lo conseguirás, papá —oí que decía Sonny.

Después el ruido del motor desapareció. Solo oía el susurro del viento y mis propios jadeos.

Los 29 dientes volvieron a pasarme por la cabeza. Déjalo. O no. Hazlo. Cambia. A la mierda. La cadena saltó al piñón más grande. Era mi último cambio. Cogí el segundo botellín del bolsillo trasero. Lo bebí de un tirón y me atraganté. En realidad, a aquella altura debería pasar solo con agua y aire. Eso debía bastarme en medio de aquel desolado mar de piedras. Escupí la mitad del gel al suelo y di un par de tragos del segundo bidón.

No se veía nada. Recordé la imagen de un Mont Ventoux estival que había en el expositor de postales de Bédoin: un hombre con pantalones cortos y botas de montaña miraba con prismáticos hacia el valle, donde descollaba tímidamente la torre de la iglesia de un pueblo. Gravilla en primer plano. *Bienvenue à La Provence.*

La visibilidad se había reducido aún más, ahora debía de ser de unos 10 metros. A lo sumo. ¿Cuánto faltaba? El kilometraje no concordaba. Tenía que restar los kilómetros que había hecho dos veces.

Me faltaba el aire. Aquí había menos oxígeno. Los profesionales a veces llegaban a la cima sin resuello. Mis ruedas giraban obsesivamente en un globo gigante lleno de helio.

Oí que un coche se acercaba por detrás. Me volví a mirar y vi dos faros anticuados que despedían una luz amarillenta. Un Citroën de los años setenta subía con un ronquido en medio de la niebla.

A través del cristal empañado vi a un hombre con la nariz casi pegada a la ventana. Llevaba un maillot ciclista blanco de manga corta. Volví a mirar al frente. ¿En qué punto del paisaje lunar me encontraba exactamente?

El Citroën pitó. El claxon produjo un sonido metálico. Vi el reflejo de los faros en mis pantorrillas tensas. Me volví de

nuevo. El hombre que iba al volante estaba sudando a mares. Limpió el vaho de la parte interior del cristal con la primera página de un viejo ejemplar de *L'Équipe*; reconocí las letras rojas del titular del periódico deportivo. El conductor me recordó a Tommy Simpson. Ojos hundidos en un rostro enjuto. Llevaba la gorra ciclista torpemente del revés.

El parachoques tocó mi rueda trasera. Me sobresalté y poco faltó para que me cayera. Me levanté del sillín. Equilibrio. Los faros me convertían en una vaga sombra sobre el asfalto. Rostro idiota. Vi mi cuerpo, una sombra de varios metros de largo, moviéndose en la niebla de un lado a otro. La sombra de mi cabeza desapareció en la niebla ante mí. No sabía si las gotas que tenía en la nariz eran mocos o niebla.

El hombre estaba ahora medio suspendido fuera de la ventanilla. Podía alargar el cuello infinitamente y acercó su boca a mi oído.

—*Please, put me back on my bike. Put me back on my bike* —me susurraba.

El aliento le olía a alcohol.

—No puedo —le dije, sin resuello.

El motor del Citroën petardeaba. El número de revoluciones era absurdamente alto. Pero el coche no me adelantaba a pesar de que yo no debía de ir a más de ocho kilómetros por hora.

Íbamos haciendo eses por la carretera, él en su viejo coche, yo sobre la bicicleta.

—¿Cuánto falta? —pregunté.

El hombre sacudió la cabeza sudada.

A la izquierda debía de estar el precipicio. A la derecha vi un par de metros de la masa rocosa amarillenta. Qué bonito. Qué feo. Mi vida se reducía a dos pedales que daban vueltas.

A mi espalda el Citroën se detuvo a trompicones. El motor se paró.

—*Please* —me pareció oír una vez más—. *Please, put me back on my bike...*

La voz se apagó. Se hizo silencio.

Miré con el rabillo del ojo. A través de la niebla vi una sombra que avanzaba de rodillas por una escalera de piedra. Una escalera llena de bidones, botellas, latas de cerveza y bolsas de comida. También había fotos y notas escritas a mano. MISS YOU, TOM, leí en un gran trozo de cartón. El viento se lo llevó. Adiós, cartón.

La sombra se arrastraba por las escaleras hacia el pedestal, donde había una losa de mármol. En el mármol habían grabado de perfil la imagen de un ciclista. El monumento brillaba en la niebla. La sombra quería subir a la estatua. Le fallaron las fuerzas. Sus zapatos resbalaron.

Grité con mi último aliento. A través del manto de niebla el ruido llegó más lejos de lo que me esperaba.

—¡Tommy!

No hubo eco, ni resonancia. Alcé el puño cerrado hacia la losa de mármol. Para darle ánimos a Simpson. Para darme ánimos a mí.

Maldita sea, Tom. Echa un trago de mi bidón. Tómate una pastilla si hace falta. Todo el mundo lo hace en algún momento. Venga, vamos, seguiremos juntos. No te dejaré en la estacada. Yo te paro el viento. Tu mujer está arriba, te ha preparado bocadillos y té caliente. Ya casi estamos en lo alto.

La imagen se esfumó en la niebla. Escupí en el suelo.

La altura te vuelve loco.

Dejé a Tommy atrás y seguí en solitario. Solo. No me quedaban más dientes en la rueda trasera. Tomé una curva a la derecha. Fuerte tensión en las piernas. Veintinueve dientes mordían la cadena. Masticar. Escupir. Masticar de nuevo. Empujar. Jadear.

Lo sabía. Sonny me lo había dicho ya. «Once por ciento, papi.» Sonny. ¿Dónde estaba Sonny?

Era la última curva antes de la cima. Me puse en pie sobre los pedales. Tormenta.

No veía nada. La niebla lo volvía todo blanco.

Seguir avanzando. En algún lugar la montaña se acabaría. En algún lugar estaba la meta. Once por ciento. Un uno por ciento más que diez. Dos más que nueve. Tenía que seguir pedaleando.

Eh, ahí era más fácil. Y más fácil todavía. ¿Estaba en la cima?

Los pedales iban cada vez más rápido. Estaba en la cima. Solo frené tras asegurarme de que ya no subía más. Después de 21 kilómetros de ascenso, estaba por fin en lo alto del Mont Ventoux. Casi 2 kilómetros de altura. Bajé de la bicicleta.

El viento era frío, cortaba la piel. La naturaleza agitaba su cetro.

El Renault me alcanzó. Benny apagó el motor. Sonny se bajó del coche y corrió a abrazarme. Mi hijo no tenía ojos, solo los cristales de las gafas empañados. Y sin embargo estaba contento.

—No podíamos verte por culpa de la niebla —dijo.

Apoyé la bicicleta contra un pequeño muro detrás del cual debía de abrirse un inconmensurable abismo. Levanté a mi hijo en brazos. Me hizo bien sentir el calor de su pequeño cuerpo lleno de vida.

—¿Qué tiempo has hecho? —me preguntó.

—Unas dos horas —contesté yo.

—Puedes restarle siete minutos por el accidente. Lo he contado con mi cronómetro.

—Estupendo —dije.

Ah, el tiempo. Aquí arriba no había tiempo. El tiempo no tenía sentido aquí. Solo quería tener aquel alegre cuerpecillo muy cerca del mío.

—Lo has conseguido, papá.

—Sí, qué bien, ¿eh?

—Con una parada a medio camino —dijo Sonny secamente. Lo dejé en el suelo.

Al borde del precipicio, desde donde con tiempo despejado se habría divisado la Provenza, había un poste de acero con un letrero que ponía: SOMMET DU MONT VENTOUX 1910 M.

Nada más. Mi quincuagésimo cumpleaños en una montaña sin vistas. Había demasiado viento para encender unas velas. Había entrado a formar parte del club de hombres mayores que, con todas las limitaciones de su cuerpo, habían coronado el Mont Ventoux.

«Felicidades, pobre diablo», me dije a mí mismo.

Miré a Sonny. Estaba temblando.

—¿Tienes frío?

—Un poco.

Le abroché el último botón del abrigo. Yo también me puse el anorak que Rob me lanzó.

—Bajemos —dije.

Yo en bicicleta, Sonny en el coche de alquiler detrás de mí. Descendimos al atardecer.

Tommy se había levantado sobre el sillín de su bicicleta de piedra. Miraba a la cima. Aún le quedaba un kilómetro y medio aproximadamente. A sus pies había comida y bebida de sobra.

Solo después de dejar atrás el restaurante vacío del Chalet Reynard, la visibilidad mejoró. Giré a la derecha y me adentré en el bosque.

Pasé por encima de la marca negra del frenazo. Señalé el asfalto con la mano derecha. ¿Me habían visto desde el Renault?

«Al final has parado, ¿eh?», me había dicho Sonny.

Sí. Había parado. El reloj se había detenido.

Estaba bien así. Decidí que al año siguiente volvería a subir el Mont Ventoux. Sin paradas.

Bajé por el bosque con el cuerpo encogido. Las manos me temblaban aferradas al manillar. Bajaba embalado. Iba fuerte en los tramos de mucha pendiente. Con lágrimas en los ojos a causa del viento llegué a ver 85,1 kilómetros en el contador. No había tiempo para el miedo. Tras haber estado en la luna, volaba de regreso a la madre tierra.